

Con "B" de ¡Basta!

POR ARIEL INGAS.

ILUSTRACIÓN DE PABLO ESTÉVEZ.

Al escribiente firmante lo enfadan en forma superlativa las novedades de la Real Academia Española, que no cesa en su manía de peinar unilateralmente las diversidades idiomáticas que enriquecen al vasto universo hispanohablante.



De paso, yendo de un trabajo a otro, leo en un diario un titular relacionado con las nuevas reglas ortográficas. Y en un recreo corro a la página web de la Real Academia Española para saber de qué se trata. Me interesa: soy profe de lenguas.

Mientras leo las nuevas normas para el correcto uso de la lengua española, me vienen a la memoria unas escenas. Primero veo a mi señorita Beba, de segundo grado. Guardapolvo extremadamente blanco, anteojos demasiado gruesos. Está en el pizarrón y ha dibujado dos círculos. Dentro del primero hay una "b" larga muy elegante y debajo, el nombre de la letra: "be larga". Del círculo salen, formando un sol, unas líneas que terminan en palabras que comienzan con "b": blanco, bueno, bonete, banco y bucear. No sé qué es "bucear" pero entiendo que se escribe con "b".

En el centro del otro círculo está la "v" con su rótulo "ve corta"; y lo circundan líneas que terminan en: vino, verano, vaca, volumen y vender. A éstas las conozco a todas. Y entonces me doy cuenta: para la RAE y desde hoy, los nombres de esas letras son "be" y "uve". Es decir que, en una página con extensión ".es", mi recuerdo se torna incorrecto. Se diluyen la señorita Beba y sus anteojos, los círculos y el verbo desconocido. Alguien ha decidido que mi recuerdo debe ser unificado y modificado y, porqué no, mejorado.

Consenso a la española

Sigo leyendo el artículo. Pero ahora estoy alertado de la propuesta indigna y preparo los puños de la memoria que mi idioma ha grabado en mí. Me están proponiendo que desdibuje parte de lo que soy; y no estoy dispuesto a hacerlo. Sigo leyendo y me doy cuenta de que la afrenta está disfrazada de conciliación; o mejor, que el acuerdo esconde una afrenta.

Al considerar las razones por las cuales se han realizado los cambios, uno no puede estar en desacuerdo: habrá unificación en la escritura del español y las modificaciones se han hecho teniendo en cuenta las propuestas de las diferentes academias de los países que tenemos el español como lengua madre. De hecho, según el postulado de las razones, tendremos más herramientas para no confundir la prosa de García Márquez con la de Octavio Paz, la de Borges con la de Benedetti. Y se me llena de espanto el pensamiento: si algunos de los señores que participó en la generación de las nuevas reglas necesita que llamemos a las letras con el mismo nombre para no confundir las obras de estos excelen-

tes escritores, estamos –por lo menos– desprotegidos.

La propuesta, insisto, suena justa, democrática y hasta necesaria. Pero, ¿no hemos andado por estos siglos pensando que mucho de lo que propuso la vieja Europa –y tal vez por vieja, ella se piensa sabia– es justo, democrático y necesario? Lo que empezó con la confusión sobre unos dioses que bajaron de unos barcos, trajo una seguidilla de decisiones sobre los habitantes de estas tierras que no podríamos calificar de justas, democráticas y necesarias.

Lloran, Chanco. Señal...

Paseándome por sentimientos encontrados, decido seguir leyendo para seguir descubriendo qué es el "buen escribir" según unos señores sentados en tronos, allá, en la península ibérica. Dos letras se eliminarán del alfabeto y serán consideradas "dígrafos": la "ll" y la "ch" pierden estatuto de letra y pasan a existir en un apartado de la "l" y de la "c" respectivamente.

Y aquí el recuerdo que me asalta tiene nombre y apellido: María Elena Walsh. Fue ella la que nos enseñó que "la 'ñ' también es gente" en un artículo que hablaba poco de letras y mucho de actitudes entre los hombres. Claro, se culpaba a la "ñ" de ser una simple "n" latina que en un ataque de letra narcisista se había adornado de manera tal que las computadoras encontraban muy dificultoso reproducir la diminuta onda que quería ostentar. Y en un juzgado donde se hablaba en inglés se dictó su sentencia: desaparecer de los teclados. Y gritó María Elena y la "ñ" se salvó. Ahora no se habla de desaparecer –tal vez estamos siendo melodramáticos–, pero tengo la impresión de que alguien en el litoral argentino, por ejemplo, puede sentir que la "ll" –que en su comunidad se usa para hablar de la "lluvia" o de las "llaves"– con esa manera tan particular de pronunciarla, es realmente una letra. Sensual y sugerente, la "ll" de los litoraleños ha perdido su posición en ese alfabeto que hace años estudiamos en las escuelas. Habrá que aprender la palabra "dígrafo", habrá que aprender que si la letra –sensual o no, identitaria o no– le causa confusión a otra gente, debe dejar de ser letra y ser reclasificada y mandada al lugar que convencionalmente se le ha asignado.

Así, por más que el mecanismo de categorización guarde similitud con las miles de actitudes de imposición que hemos sufrido como pueblos que todavía no llegamos a ese ansia-

Lo que empezó con una confusión, trajo una seguidilla de decisiones sobre los habitantes de estas tierras que no podríamos calificar de justas, democráticas y necesarias.

do estadio de civilización europea, no hay que dejar entrar la duda; es sólo una reorganización de las letras. ¿O será que la relación entre lengua en posición hegemónica y el trato hacia los subalternos existe? No es tema de este escrito, o quizás sí.

Ser fácil

Ahora ya no tengo ganas de quedarme callado. Ya imagino a un interlocutor, un señor RAE a quien le hago unas preguntas del tipo “¿Qué tal si yo escucho mi idioma y vos el tuyo?”, “¿Cómo sería que nos considerarais lo suficientemente maduros y capaces como para confiar a nuestro sentido del gusto y a nuestras experiencias las reglas que regirán nuestra forma de escribir?”. Mi interlocutor no contesta, sólo escucha. Yo, enojado, sigo leyendo.

Los reales académicos también se han ocupado del uso de la tilde en algunas palabras como “truhan”, “fie” y “solo”, que ya no la llevan. Y aquí ya no hay recuerdos de maestras o escritoras que vengan a mi mente. Simplemente me convengo de que la simplificación puede terminar en ese español *light* contra el que vengo peleando hace años; el que —mostrándome que comienza a ganarme— me hace usar ese adjetivo que no es un préstamo del inglés sino una de sus imposiciones lingüísticas y conceptuales.

La explicación en la página de la RAE habla de hacer el idioma más accesible, dejando de lado las opcionalidades para que el hablante elija y decida, en base a conocimientos adquiridos, el uso o no de una tilde. Lo que en una traducción se entiende así: ahora es más fácil. De eso se trata, de que sea más fácil. Tal vez, considerar los años de instrucción y las puestas en marcha de mecanismos cognitivos que nos hicieron aprender las reglas de acentuación y que pudimos trasladar a otros conocimientos, sean solo mecanismos difíciles que hay que evitar. Pertenecemos al mundo globalizado y la tendencia es

a lo práctico, a lo descontracturado, a lo maleable. No hablaba del pensamiento, aunque así lo haya parecido.

Viva la diferencia

Cuando llego al final de las propuestas, trato de explicarme el porqué del gusto casi amargo que me dejan; y encuentro que no quiero que esa siga siendo la forma. No hay nada más simbiótico —y el adjetivo se queda corto en la descripción— que la relación entre la lengua y el pensamiento. El pensamiento es idea informe que se materializa en la lengua y, a su vez, ésta describe la realidad como cada ser humano la percibe. Un cambio en el proceso implica modificar la lengua y, consecuentemente, el pensamiento. No puedo sugerir una lengua que no evolucione, un pensamiento estanco. Pero me permito pensar que los cambios ocurren desde abajo, desde la masa de hablantes. Y si hay diferencias, será porque los hombres configuramos diferentes mundos con distintas lenguas. La intención de unificar esos mundos puede llevar a una manera homogénea de escribir, es verdad. Pero que nadie se engañe y piense que escuchando o leyendo ese producto unívoco estaremos expuestos a la lengua de los seres humanos y sus dispares ideas. Estaremos decodificando un sistema muy práctico y versátil, muy fácil de manejar, como las voluntades de esos hombres y mujeres que ya no se preocupan por recordar una regla y menos por decidir sobre matices de la lengua que —cual artículos de lujo— conformarían ideas más desafiantes, más humanas.

Cierro la página web de la RAE y, ante la pantalla en blanco, una vez más me gana mi imaginación. Ahora somos muchos hombrecitos parados en las costas de América Latina. Estamos mirando hacia la “Madre Patria” y, con las manos alrededor de las bocas para que el sonido atravesara mejor el océano, gritamos: “¿Y tú, de una vez por todas, por qué no te callas?”. 🗣️

No puedo sugerir una lengua que no evolucione, un pensamiento estanco. Pero me permito pensar que los cambios ocurren desde abajo, desde la masa de hablantes.

tripledoblevé

www.rae.es

www.cinismoilustrado.com/2010/11/rae-ilustrada.html